

Podemos amar al prójimo y contribuir a traer paz al mundo pidiéndole a Dios que nos infunda Su amor por los semejantes. La Biblia nos dice: «De tal manera amó Dios al mundo [a gente como tú y yo], que dio a Su Hijo unigénito [Jesús], para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16). Jesús te perdonará de buen grado todos tus pecados y te dará vida eterna en el Cielo. Simplemente pídele que entre en tu corazón.

Recíbelo ahora mismo haciendo sinceramente una sencilla oración como la que sigue:

*Jesús, quiero conocerte. Gracias por haber dado la vida por mí. Te ruego que me perdones todo lo malo que he hecho. Te pido que entres en mi corazón, que seas parte de mi vida y me concedas tu regalo de la vida eterna. Lléname de Tu amor y ayúdame a ser más tolerante con mis semejantes, y a verlos como lo que son: creaciones Tuyas, únicas, que merecen dignidad y respeto. Amén.*

© 2020 Activated

Visite nuestro sitio web: <https://activated.org/es/>.



Podemos amar al prójimo y contribuir a traer paz al mundo pidiéndole a Dios que nos infunda Su amor por los semejantes. La Biblia nos dice: «De tal manera amó Dios al mundo [a gente como tú y yo], que dio a Su Hijo unigénito [Jesús], para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16). Jesús te perdonará de buen grado todos tus pecados y te dará vida eterna en el Cielo. Simplemente pídele que entre en tu corazón.

Recíbelo ahora mismo haciendo sinceramente una sencilla oración como la que sigue:

*Jesús, quiero conocerte. Gracias por haber dado la vida por mí. Te ruego que me perdones todo lo malo que he hecho. Te pido que entres en mi corazón, que seas parte de mi vida y me concedas tu regalo de la vida eterna. Lléname de Tu amor y ayúdame a ser más tolerante con mis semejantes, y a verlos como lo que son: creaciones Tuyas, únicas, que merecen dignidad y respeto. Amén.*

© 2020 Activated

Visite nuestro sitio web: <https://activated.org/es/>.



¿Es posible la armonía en un mundo como el nuestro, atormentado por tensiones, conflictos, prejuicios y violencia? ¡Probablemente te parezca *imposible*! ¿Cómo se hace, entonces, para superar los prejuicios, el miedo y la desconfianza cuando esos sentimientos le han sido inculcados durante siglos a la humanidad?

La respuesta puede resumirse en dos sencillas palabras: ¡con *amor*! Parece una aspiración muy noble; pero seamos realistas: ¿quién es capaz de deshacerse del resentimiento, el odio, el miedo o cualquier otra actitud negativa muy arraigada que abrigue contra otra persona, o incluso contra grupos de personas?

Lo alentador es que, pese a nuestros limitados recursos humanos, nos es posible amar, comprender y respetar a los demás, sea cual sea el pasado u origen tanto de ellos como de nosotros. La clave para ello está en la *fuentes* de todo amor: el propio Dios. La Biblia dice: «Dios es amor» (1 Juan 4:8). Es el omnisciente, el omnipotente Creador del universo que nos infundió la vida.

Para que captáramos Su esencia, se rebajó a nuestro nivel, enviando a la Tierra a Su propio Hijo Jesucristo encarnado en un hombre. Al atender las necesidades

físicas y espirituales de la gente Jesús experimentó el sufrimiento humano y tuvo gran compasión de nosotros. Se convirtió en uno de nosotros.

Jesús enseñó que todos los preceptos divinos dependen de un solo gran mandamiento: *amar*. Jesús dijo: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente», y: «amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:37-40).

Un experto en asuntos religiosos oyó a Jesús enseñando esa doctrina y lo interpeló públicamente: «¿Quién es mi prójimo?» Jesús le respondió con la parábola del buen samaritano, en la que dejó claro que nuestro prójimo es todo el que necesite nuestra ayuda, sea cual sea su raza, credo, origen étnico o nacionalidad (Lucas 10:25-37). Cuando nuestra vida está en consonancia con el plan de Dios para la humanidad, también podemos mirar más allá de las diferencias en otras personas para ver su valía y dignidad como seres humanos únicos, creados a imagen de Dios.

¿Qué maravilloso sería el mundo si lo único que viéramos al mirar a una persona de otro origen étnico fuera el amor de Dios hacia ella! Ello es posible con Jesús, para quien «no hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gálatas 3:28).

¿Es posible la armonía en un mundo como el nuestro, atormentado por tensiones, conflictos, prejuicios y violencia? ¡Probablemente te parezca *imposible*! ¿Cómo se hace, entonces, para superar los prejuicios, el miedo y la desconfianza cuando esos sentimientos le han sido inculcados durante siglos a la humanidad?

La respuesta puede resumirse en dos sencillas palabras: ¡con *amor*! Parece una aspiración muy noble; pero seamos realistas: ¿quién es capaz de deshacerse del resentimiento, el odio, el miedo o cualquier otra actitud negativa muy arraigada que abrigue contra otra persona, o incluso contra grupos de personas?

Lo alentador es que, pese a nuestros limitados recursos humanos, nos es posible amar, comprender y respetar a los demás, sea cual sea el pasado u origen tanto de ellos como de nosotros. La clave para ello está en la *fuentes* de todo amor: el propio Dios. La Biblia dice: «Dios es amor» (1 Juan 4:8). Es el omnisciente, el omnipotente Creador del universo que nos infundió la vida.

Para que captáramos Su esencia, se rebajó a nuestro nivel, enviando a la Tierra a Su propio Hijo Jesucristo encarnado en un hombre. Al atender las necesidades

físicas y espirituales de la gente Jesús experimentó el sufrimiento humano y tuvo gran compasión de nosotros. Se convirtió en uno de nosotros.

Jesús enseñó que todos los preceptos divinos dependen de un solo gran mandamiento: *amar*. Jesús dijo: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente», y: «amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:37-40).

Un experto en asuntos religiosos oyó a Jesús enseñando esa doctrina y lo interpeló públicamente: «¿Quién es mi prójimo?» Jesús le respondió con la parábola del buen samaritano, en la que dejó claro que nuestro prójimo es todo el que necesite nuestra ayuda, sea cual sea su raza, credo, origen étnico o nacionalidad (Lucas 10:25-37). Cuando nuestra vida está en consonancia con el plan de Dios para la humanidad, también podemos mirar más allá de las diferencias en otras personas para ver su valía y dignidad como seres humanos únicos, creados a imagen de Dios.

¿Qué maravilloso sería el mundo si lo único que viéramos al mirar a una persona de otro origen étnico fuera el amor de Dios hacia ella! Ello es posible con Jesús, para quien «no hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gálatas 3:28).